

El fuego, el barro y las compresas de hierba, tres armas del hombre pre
La trepanación, la cesárea y la amputación de las extremidades, se



La aparición del fuego, al tiempo que dio lugar a un nuevo tipo de heridas —la quemadura—, descubrió la manera de curar otras mediante un nuevo sistema: la c

histórico para combatir la enfermedad.
practicaban ya en la edad de piedra



Las señales de la trepanación son evidentes en este cráneo prehistórico. La operación se practicaba con estaquillas de sílex o dientes de peces, muy afilados, según las últimas investigaciones arqueológicas.



LA MEDICINA EN LA PREHISTORIA

texto de
ULRICO DI AICHELBURG

Ilustraciones de
BRUNO FAGANELLO

SIGUE

ización. Ya los hombres de las cavernas utilizaban este expeditivo método de cura.



Las lesiones observables en los esqueletos prehistóricos son en gran parte de naturaleza traumática, lo que demuestra cuán frecuentes fueron los accidentes o los combates con animales o con otros hombres. El esqueleto neanderthaliano presenta a la izquierda graves lesiones del húmero (hueso del brazo) y del cúbito (uno de los huesos del antebrazo), atribuibles a una fractura y a una luxación ocurridas mucho tiempo antes de la muerte. En una mandíbula del mismo período, encontrada cerca de Ehringasdorf (Weimar), de la que faltaban los dos incisivos izquierdos, se puede deducir de la orientación de los alvéolos respectivos que la caída de los dientes debió tener un origen traumático. En la misma localidad se encontró el cráneo de una mujer joven con lesiones traumáticas del hueso frontal, que hacen sospechar una muerte por homicidio. Otro cráneo femenino presenta una profunda herida, probablemente de cla-

La extracción de los dientes data de muy antiguo, y se realizaba originariamente con fines rituales. A la derecha, la curación de una herida mediante la aplicación de un emplastro de barro al paciente.

EN el año 1856 salieron a la luz en Neanderthal, cerca de Düsseldorf, algunos restos de huesos humanos pertenecientes al paleolítico medio, cerca de 400.000 años antes de Cristo. A partir de este momento se multiplicaron los estudios sobre la posición ocupada por el hombre en la Naturaleza y sobre la medicina prehistórica. Naturalmente, carecemos de documentos escritos sobre la medicina prehistórica, e incluso de tradiciones transmitidas oralmente. Sólo podemos hacernos una idea de ella gracias a los hallazgos de material procedente de algunas épocas remotas; esencialmente los huesos, incluso los más diminutos fragmentos, están en situación de proporcionar, en condiciones favorables, elementos de juicio preciosos, aunque, en parte, lo sean a título hipotético.

Un hueso puede presentar signos manifiestos de enfermedad, de malformación, de anomalía, en base a los cuales es posible remontarse al estado de salud del hombre prehistórico al que pertenecía. Si luego se logra determinar la edad geológica del hallazgo, el estudioso dispondrá de los elementos para referir la enfermedad a un determinado período evolutivo de la especie humana. Aparte la frecuencia con la que una determinada lesión se encuentra en los huesos, puede establecerse un indicio sobre la mayor o menor difusión de la misma. Ni que decir tiene que estos conocimientos están limitados a las enfermedades que dejan una huella sobre el esqueleto.



LA MEDICINA EN LA PREHISTORIA



Las enfermedades internas se atribuían a cuerpos extraños. Los magos, con sus rituales y sus habilidades de juglar, eran los encargados de expulsarlos del cuerpo del enfermo. Más adelante, se recurrió a la succión directa como medio de expulsar estos cuerpos. La foto inferior nos muestra una succión con este fin.

vo. En otro cráneo se encuentra una gravísima lesión del frontal y del parietal izquierdo, curada esta vez, sin embargo, con éxito, aparte un pequeño hueco que quedó en el frontal.

Análogamente, el cráneo de un antiguo peruano presenta signos de una fractura del parietal izquierdo curada a excepción de una breve fisura. Algunos antropólogos han quedado extrañados de la frecuencia de las fracturas de los antebrazos en los huesos neolíticos, sin poder explicársela. Otros calculan, aun atribuyendo un valor muy relativo a estas estadísticas, que las fracturas se curaban satisfactoriamente en el 43 por 100 de los casos, y con mal resultado en el 57 por 100. Con frecuencia se observan signos de infecciones que habían complicado las fracturas. Sin embargo, el hombre de Neanderthal debía tener una resistencia a las infecciones de las heridas muy superior a la del hombre del neolítico.

Los hombres que habitaban en cavernas húmedas enfermaban fácilmente de artritis crónicas, llamadas «gota de las cavernas». Los osos cavernícolas del período diluviano también presentaban con frecuencia las juntas alteradas del mismo modo. La artritis deformante estaba muy difundida también en la edad de piedra, y su existencia ha quedado demostrada en la edad del bronce y en los albores de la edad del hierro.

El raquitismo, que debía ser desconocido en los pueblos que amamantan a los lactantes, existiría, según algunos, en el hombre de Neanderthal. Otros, sin embargo, inter-

SIGUE

LA MEDICINA EN LA PREHISTORIA

cluso la formación del sarro se puede observar ya en los dientes del periodo diluviano.

el misterio de las enfermedades infecciosas

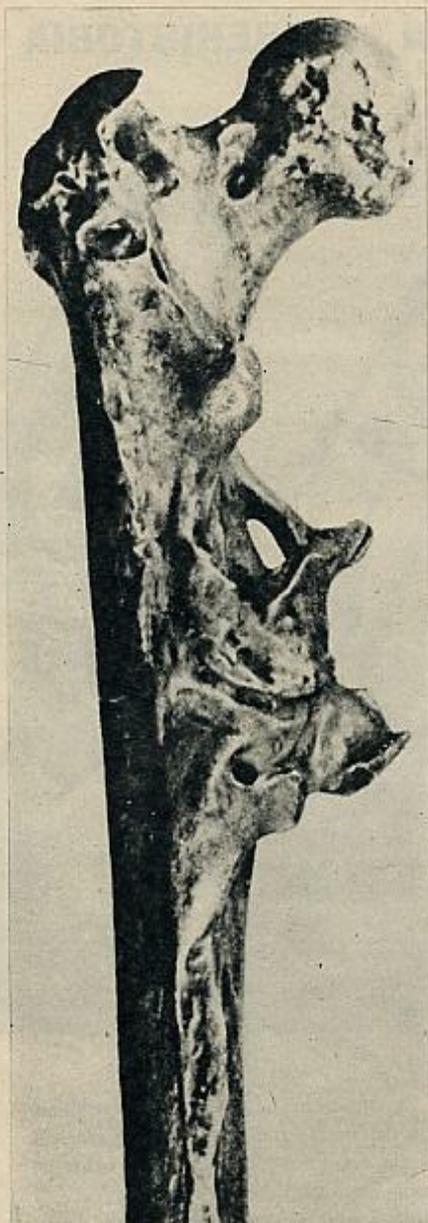
Se ignora cómo y cuándo hicieron su primera aparición en la especie humana tres importantísimas enfermedades infecciosas como la tuberculosis, la peste y la lepra. También es un misterio la aparición de otras enfermedades infecciosas. Podemos imaginar que sobre la Tierra, desde los orígenes, existiría un número inmenso de microbios saprófitos, esto es, inocuos; pero su carácter de seres vivientes les incitaba a prolongar su vida aprovechando todas las circunstancias, y así llegaron fatalmente a entrar en contacto con el hombre, con los animales y con las plantas. Los microbios penetraron en la cavidad del cuerpo humano, se insertaron en él, encontraron el modo de llegar a la sangre y a los órganos profundos, de gozar un instante del debilitamiento de su huésped. Tales asaltos se hicieron cada vez más frecuentes, las ocasiones para ellos fueron incesantes. Estos fenómenos se repitieron durante varias generaciones, y así se estableció una primera cadena. Muchas de estas cadenas se rompieron; algunas, por el contrario, por la facilidad del contacto entre seres de la misma especie, se alargaron y se perpetuaron. Así podemos suponer que nacerían las enfermedades infecciosas, que no serían otra cosa que la expresión de una adaptación a los organismos superiores de algunas especies del inmenso pueblo de los infinitamente pequeños, en origen inofensivos.

Por lo que parece, la tuberculosis, la peste y la lepra eran desconocidas por el hombre de Neanderthal. Los «documentos óseos» demuestran,

por el contrario, la existencia de la tuberculosis en el período predinástico de Egipto, y en la era neolítica en los países al Norte de los Alpes. En un esqueleto neolítico de Heidelberg se constató una deformación de la columna vertebral, con lesiones en dos vértebras, atribuible a la tuberculosis. En el Egipto predinástico, las tuberculosis ósea y pulmonar fueron demostradas ampliamente. Un típico cuadro del mal de Pott —tuberculosis vertebral— se halló después en la momia de un joven de la XXI dinastía —cerca de mil años antes de Cristo— y se reconocieron casos semejantes de tuberculosis en las momias de sucesivos hallazgos.

La falta de «documentos óseos» referentes a la lepra en la edad prehistórica se podría explicar por el hecho de que la comunidad humana apartara a los individuos afectados por la enfermedad y no honrara a los cadáveres con la sepultura ritual, por lo que los esqueletos eran presa de los agentes de destrucción. En cuanto a la peste, los actuales pueblos primitivos le son indemes, o al menos lo eran hasta hace algún tiempo. Es un problema que queda por resolver el de si los pueblos prehistóricos eran también indemes a ella.

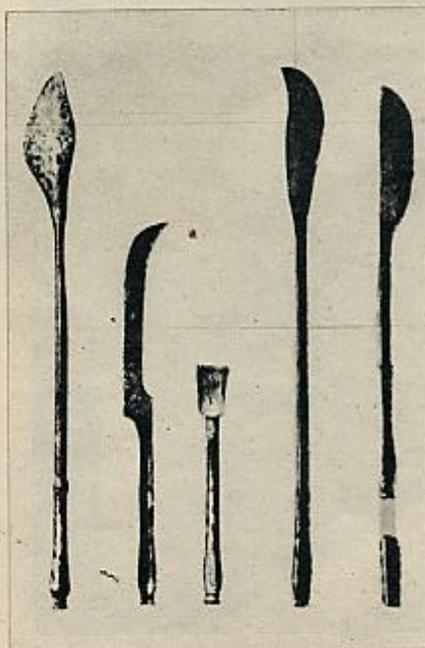
No se han obtenido más de dos o tres huesos de la edad prehistórica que hagan sospechar signos de naturaleza pestifera. También en América son escasos los rastros de la llamada «peste precolombina»: los más importantes estarían situados en el Noroeste, a lo largo de la antiquísima vía de migración entre el viejo y el nuevo mundo reconstruida por el geógrafo Friedrich Ratzel, vía que recorre el estrecho de Bering, la cadena de las Aleutinas o, a partir del Japón, la corriente marina Kuro-Shio. A lo largo de esta vía podría haberse propagado la llamada «enfermedad fenicia». Por lo que respecta a Europa, la tesis sostenida con mayor fuerza es la de que la peste



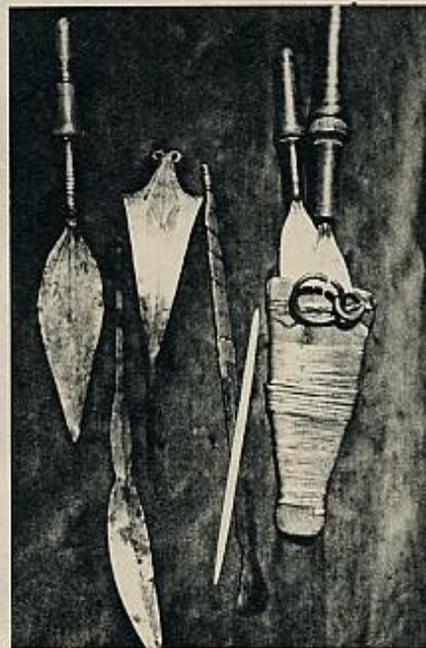
Sobre este fémur del «*pithecanthropus erectus*» de Java, se encontraron signos evidentes de un proceso degenerativo del tejido óseo. Este es el primer testimonio que se ha hallado de patología humana.

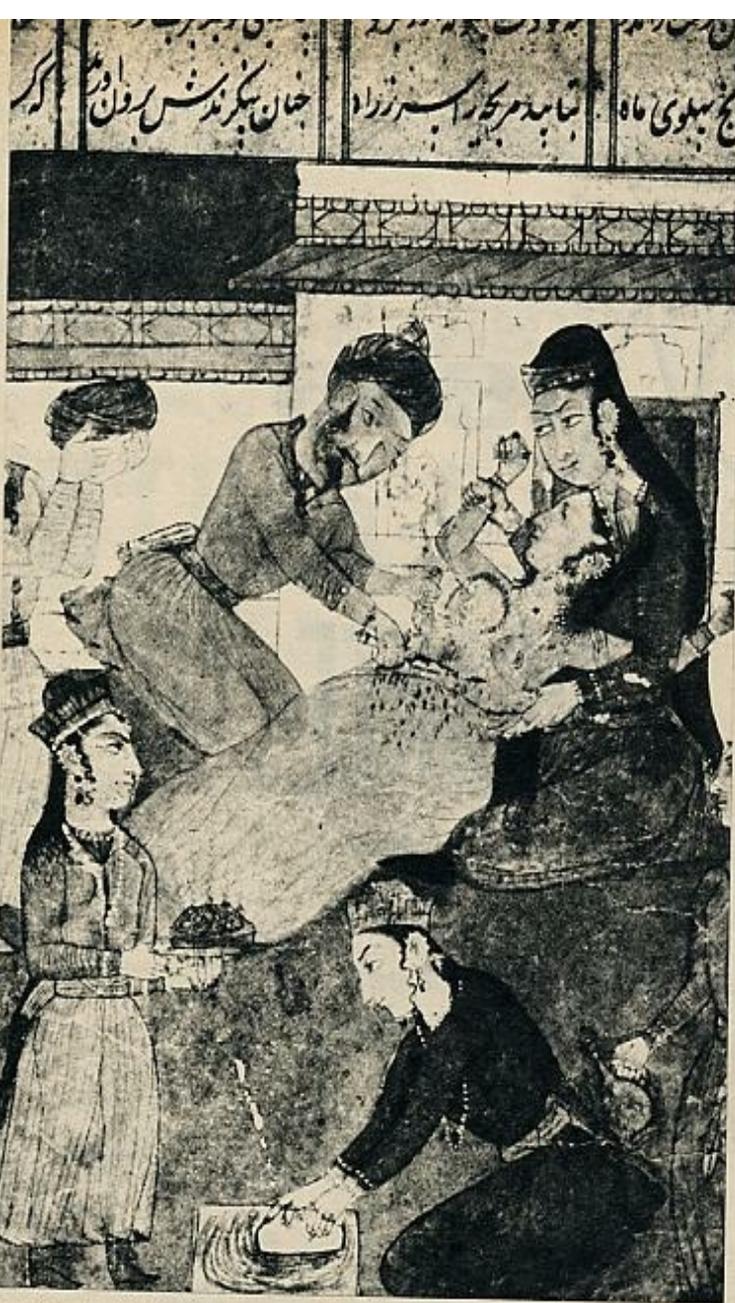
pretan la sobresaliente curvatura de los fémures neanderthalenses como una característica racial, que excluye todo origen raquíto. Pero en los restos humanos hallados en 81 tumbas neolíticas (616 individuos de ambos sexos y de todas las edades), el raquitismo, además de la artritis deformante y las lesiones dentales, era perfectamente constatable.

A propósito de la dentadura, no es raro observar en los restos prehistóricos su mal estado, que fue atribuido al uso de los dientes como instrumento de trabajo y a la abrasión de las superficies masticatorias por la presencia de impurezas (arena) en los alimentos. La abrasión era quizá tan fuerte que llegaba a profundizar en la cavidad pulpar y a producir abscesos. La verdadera caries dental era ignorada por el hombre del período glacial, pero no es rara en el neolítico y está muy difundida en la edad del bronce, con un aspecto incluso «moderno», dado que la caries, a la que hoy prácticamente nadie escapa, es considerada una enfermedad de la civilización. In-

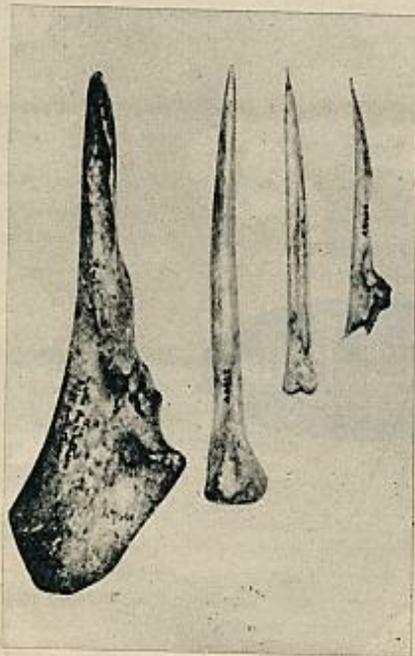


A la izquierda, instrumental quirúrgico utilizado en la actualidad por algunas tribus primitivas congoleñas, muy cas. En el centro, instrumentos de hierro de la época babilónica. Y a la derecha, instrumentos, también de uso





A la derecha, un fresco pompeyano muestra la extracción de una punta de flecha de la pierna de Eneas. A la izquierda, una miniatura persa mostrando una operación cesárea practicada en el siglo XII. Según parece, la operación de cesárea sobre mujeres muertas se practicaba ya en los albores del período paleolítico.



entrara sólo después del descubrimiento de Colón, esto es, que era de origen americano.

desarrollo de la medicina mágica

Es muy probable que la concepción dominante en el hombre prehistórico fuese la de que las enfermedades internas se debieran a cuerpos extraños. Esto favoreció el desarrollo de la medicina mágica; el enfermo encontraba que su salvador era el mago, que sabía, con habilidades de juglar, sacar a la luz el cuerpo extraño: una piedra, un hueso de fruta, un gusano... Pero al mismo tiempo debió desarrollarse también la cirugía. Como hemos visto, eran frecuentes las heridas derivadas del empleo de los utensilios y de las armas, heridas que se hicieron cada vez más profundas con la invención de las armas afiladas.

Un arte como el de la cirugía, esencialmente basado en la destreza manual, florece sólo cuando los operadores pueden mantenerse en ejercicio e intervenir con cierta frecuencia. Naturalmente, existían ciertas nociones anatómicas que el hombre prehistórico adquirió a través de las heridas graves que ponían al desnudo los órganos inter-

nos o bien de las observaciones llevadas a cabo al descuartizar los animales, y referidas por analogía al hombre, o del canibalismo, que parece que ya se practicaba en el paleolítico antiguo.

Al alimentarse con las vísceras de los animales y también, en caso de canibalismo, de sus semejantes, el hombre prehistórico probablemente empezó a aplicar una «organoterapia» según el principio *similia similibus*: por ejemplo, curación del dolor de cabeza mediante la ingestión de sesos. Sin embargo, debió seguir sobre todo el camino opuesto, *contraria contrariis*, porque el instinto lleva, frente a una sensación dolorosa, a reaccionar con una sensación contraria, como el masaje, la fricción o la succión. El chupar para extraer el agente morboso bajo forma de cuerpo extraño sugirió la idea de extraer la sangre y alejar el veneno, y de hecho, en una época posterior, se idearon a propósito instrumentos para la sangría.

Después, el hombre, al descubrir el fuego, aprende a conocer una nueva lesión, la quemadura, y a aprovechar con fines terapéuticos la acción destructiva del fuego. Con esto, el patrimonio de la medicina se enriquece con la cauterización.

Frente a un miembro fracturado, se empieza, como hacen los simios antropo-

SIGUE

mejante al usado por las civilizaciones mesopotámicas, procedentes de la remota época del neolítico.

la MODA 1965

impone la
CREMALLERA

GIGANTE

que constituye
un motivo
de adorno
especialmente para
abrigos, chaquetas
y prendas
de invierno.



PUBLI-ARBEX VITORIA

AREITIO, S. A. siempre en vanguardia,
brinda hoy a la modistería y confección
sus famosas

CREMALLERAS

en una calidad
inigualable

Prentice Areitio
METALICAS

CREMALLERAS "DIANA-NYLON" Y "PRENTICE-AREITIO"

FABRICADAS POR AREITIO, S. A. - VITORIA



Los indios americanos siguen practicando la succión de las heridas del paciente para expulsar al «genio de la enfermedad». Los brujos son los encargados de esta operación y la práctica es similar a la que en la antigüedad realizaban los pueblos prehistóricos.

morfos, por recubrirlo de tierra o fango. El instinto de refrescar y de hacer descansar el miembro lesionado con una compresa de tierra o de fango se transforma con posterioridad en el deseo de protegerlo con una verdadera venda. Así nace el método de inmovilización de las fracturas óseas con estaquillas y vendajes, cuya técnica es sugerida al cirujano prehistórico por la de la fabricación de armas: el artesano, al deber unir sólidamente dos objetos como son la punta y el asta de la lanza, efectuaba realmente un cuidadoso vendaje... Sin embargo, parece que la inmovilización mediante estaquillas se aplicaba sólo en los pueblos de vida sedentaria, esto es, dedicados a la ganadería y la agricultura. Los hallazgos de aparejos semejantes son, de hecho, verdaderamente raros.

El hallazgo de un húmero gravemente atacado por una infección y con signos evidentes de amputación demuestra que también esta intervención era practicada en la época prehistórica. Sobre el hueso existían restos de un medicamento a base de fibras de lino y de harina de trigo. Otros documentos de amputaciones de dedos son las huellas de manos a las que les falta una falange, encontradas en las paredes de algunas grutas. Se ignora el significado de estas amputaciones: no está excluido el que deriven de ritos sacrificatorios por luto familiar o por enfermedad o el que quizá hayan sido infligidas como castigo.

Con la aparición de la honda en el período neolítico, la medicina se encuentra ante nuevos problemas. Además de la fractura del cráneo, la honda puede provocar hemorragias del lado contrario del cerebro por contragolpe, lo que obliga al cirujano a abrir el cráneo en un lugar indemne de lesiones. En los primeros tiempos abría el cráneo mediante una cautelosa raja en el hueso; después se hizo más adecuado el recurrir a la extirpación de los discos óseos con ayuda de una especie de trépano perforador. El cráneo humano empieza a tratarse de aquí en adelante como si

fuese una piedra o un hueso animal que hay que perforar con el fin de extraer astillas óseas, de aljar la sangre o de extraer un cuerpo extraño. El concepto de la posesión demoníaca del cerebro explica muy probablemente la frecuencia con que se procedía a la apertura del cráneo: aparte los casos de trauma, se tendía sobre todo a curar un grupo de enfermedades como la epilepsia o la locura o incluso el simple dolor de cabeza.

No se puede establecer con exactitud si la cesárea se efectuaba verdaderamente en la época prehistórica, si bien los mitos y las leyendas de varios pueblos hacen suponer que esta intervención obstétrica era practicada ya en tiempos muy remotos; según la mitología griega, Dionisio y Asclepio vinieron al mundo precisamente mediante la cesárea. Algunos sostienen que la cesárea practicada sobre mujeres muertas se conocía ya en el paleolítico. Esto derivaría de la concepción animística según la cual la colectividad se ve amenazada de calamidades si el niño no es extraído del cuerpo de la madre muerta durante la gravidez. Puede excluirse, sin embargo, el que la cesárea fuera practicada sobre la mujer viva. Esta intervención se llevó a cabo por primera vez en el siglo XVI, por lo que no debe creerse, como se ha oído decir a menudo, que Julio César viniera al mundo de esa forma, dado que su madre vivía todavía en la época de la guerra de las Galias.

La circuncisión fue observada en cadáveres prehistóricos nubios y egipcios sepultados en el valle del Nilo. Probablemente se practicaría en las ceremonias de iniciación.

La extracción de los dientes no es documentable en el paleolítico y, por el contrario, se piensa que se practicaba en el neolítico con la significación de una ceremonia de culto. Numerosos cráneos hallados en el Japón presentan muti-

laciones dentarias artificiales, interesando generalmente a los caninos o a los incisivos inferiores en bloque. También parece que el limado de los dientes era una práctica habitual. Parece que para extraer los dientes se usaba una piedra como martillo y una astilla como escalpelo, a juzgar por el examen de un cráneo al que le faltaban dos molares.

La perforación del lóbulo de las orejas o de las aletas de la nariz data quizá del neolítico. De hecho, el adorno de las orejas con la inserción de dobles discos de madera era una usanza difundida en las civilizaciones árticas tardías.

En numerosos esqueletos del paleolítico superior se encontraron rastros de la tierra roja que servía para pintar el cuerpo del difunto. La coloración del cuerpo, a la que se atribuye generalmente una finalidad ornamental, tiene, por el contrario, un origen sanitario. La capa de colorante servía de hecho para proteger la piel del frío y del sol y para mantener alejados a los insectos. En las enfermedades de la piel desempeñaba una acción terapéutica y escondía la inmundicia, las erupciones y las cicatrices.

Finalmente, las gafas de sol eran ya conocidas en la época prehistórica. No pocas estatuillas de arcilla de la edad de piedra presentan, ante los ojos y adherido a la nariz, algo similar a nuestras monturas de gafas: de forma ovalada, provistas de una estrecha fisura horizontal que cumple la misión de filtro luminoso que nosotros asignamos a los vidrios coloreados. Se trata, en otras palabras, de gafas muy semejantes a las que actualmente utilizan los esquimalos para prevenir la oftalmía de la nieve. Su existencia puede retrotraerse a cuatro o cinco mil años, pero con toda probabilidad puede decirse que va todavía más atrás, o sea, hasta el hombre de la era glacial.